

DOCUMENTOS

QUITARSE EL PARAGUAS PARA SENTIR LA LLUVIA: UNA LECCIÓN PARA LA ACADEMIA DESDE LA ALTA MONTAÑA

DIONISIO ALARCÓN FERNÁNDEZ,
HERNANDO GONZÁLEZ MELÉNDEZ
Y GLENDA JARABA PÉREZ

Alta Montaña, Montes de María

Cuando nos llamaron para invitarnos al primer congreso sobre “Participación y Democratización del Conocimiento. Nuevas formas de convergencias de reconciliación” no dudamos un instante. El Centro de Convenciones de Cartagena de Indias y la sede Claustro San Agustín de la Universidad de Cartagena eran los escenarios de este foro internacional.

No sabíamos que seríamos facilitadores de uno de los talleres. Esto nos tomó por sorpresa, porque los campesinos siempre estamos invitados a escuchar, no para desarrollar nuestras propias experiencias y aprendizajes frente a los académicos.

Junto con el equipo de apoyo formado por Angela Lederach y Larisa Zehr de “Sembrandopaz”, elaboramos una agenda que tenía como objetivo principal

abordar el taller desde la perspectiva de las víctimas del conflicto armado en Montes de María, enfatizando lo vivido en la Alta Montaña del municipio de El Carmen de Bolívar. Iniciamos el taller con la crónica, “Desplazados”, escrita por Dionisio Alarcón, quien leyó en voz alta frente al grupo de participantes:

“Ese día, olía a café recién hervido, mientras mi mujer atizaba el fogón, calentando el frío de aquella madrugada de octubre. Aves matutinas gorgaban entre la neblina, alegrando la triste belleza de aquella mañana.

Mi hijo, sin abrigo, desafiando el frío, gateaba con dificultad sobre el piso húmedo, sus primeros pasos hacia la vida. Mis ojos fijos en el hilo del camino, debajo de la loma, esperaban con atención escuchar el ruido del primer carro que subía, ocurrió lo impensado.

El disparo seco de un arma de bajo calibre, hendió el silencio anunciando el inicio de la emboscada. Los pájaros callaron su canto, batiendo sus alas contra el viento, huyendo para siempre, hacia el destino desconocido. Siguió un estruendo de metralla, tierra y piedras que subió hasta el techo verde de árboles que acumularon sus hojas durante la última primavera. Los fusiles cantaron su trágica canción. Fueron 4 o 5 minutos, suficientes para que la Alta Montaña llorara sus muertos.

Los soldados adiestrados para la guerra salieron ilesos.

Los ojos de mi mujer se encontraron con los míos, sin entender lo que ocurría exactamente. El niño se agarró de mis pantalones, poniéndose de pie por primera vez en su año y medio de existencia. Lo alcé en mis hombros, sintiendo su respiración agitada, su mirada desconcertada y me sentí culpable de traerlo al mundo en medio de esta guerra que no merecía. Mi mujer seguía enredada frente a la troja de palos, tratando de no derramar la totuma con el café que había servido para mí, bajo el techo de palma de la cocina, gastado por el paso de muchos inviernos. Por primera vez en nuestras vidas, le grité desesperado:

– ¡Vamos, que nos matan!

– Voy a buscar las chancletas – dijo, aturdida.

– ¡No! No hay tiempo – volví a gritar.

Salimos, ella descalza, casi a rastra en medio del frondoso maizal que circundaba el rancho de palma y bahareque, bajo una lluvia de balas que cercenaban las espigas encima de nuestras cabezas. Huíamos de espaldas al nutrido combate. Por primera y única vez, sentí la muerte hormigueando en mi cuerpo.

Tuve la certeza que íbamos a morir.

¡Pero! ¿Y el niño? ¿Qué sabía él de conflictos de hombres insensatos?

No era justo que muriera, tampoco eligió venir al mundo en estas circunstancias. Sin embargo, fue valiente, seguramente porque también sentía miedo. No lloró, como entendiendo que debía infundirnos valor. Lo bajé del hombro y lo coloqué en mi pecho, presintiendo que

me iban a dar por la espalda, y de esa manear posiblemente se salvaría y fuera él quien estaría contando esa historia.

Oíamos a muerte.

Sin embargo, logramos salir al antiguo camino, donde por coincidencia aparecían frente a nosotros cuatro guerrilleros que, preocupados por escapar, afortunadamente no se percataron de nuestra presencia. Sacamos fuerzas de nuestras flaquezas. Bajamos por un estrecho y resbaladizo camino y por fin nos pusimos lejos del alcance de las balas. A pesar de la gélida mañana, la sangre bullía en mis venas, en un torrente de impotencia. No éramos culpables del horror que estábamos viviendo. Solo queríamos vivir en paz.

Volvimos a sentir que teníamos vida, que estábamos completos. Nos fundimos en un abrazo de tres y lloramos amargamente la tristeza de nuestra realidad. Ella preguntó tímidamente:

– ¿A dónde vamos?

La miré a través de la nube que empañaba mis ojos. Seguramente ella sentía lo mismo que yo. Éramos como Adán y Eva arrojados del Jardín de Edén, con la diferencia que a ellos los marginó Dios, por desobedecer a sus mandatos y por eso debían expiar sus culpas. A nosotros nos desarraiga la violencia que no es pecado nuestro.

Le dije con el temor de quien camina sobre las olas del mar en medio de una tempestad y no es Jesucristo:

– Estamos desplazados”.¹

La sala se llenó con un silencio total. Después de una pausa, Dionisio explicó quiénes eran los tres protagonistas de la crónica: “El niño es mi hijo; la mujer, mi esposa; y el hombre, soy yo.”

Esta narración muestra los distintos conocimientos y sentimientos que surgen de la subjetividad. Los saberes que llevan las personas que han vivido en carne propia experiencias de la violencia. Hacer memoria viva no es lo mismo que contar la historia. Hacer memoria es mucho más profundo y complejo. Es hurgar en el sentimiento, en el dolor, en el sufrimiento, en el horror que muchas veces duele y crea estigmas difíciles de superar por el repudio que produce recordar hechos que marcaron nuestras vidas para siempre.

Nos referimos al saber que viene de la experiencia vivida. A ese saber que necesita un país de población mayormente urbana, que no entiende las repercusio-

¹ Alarcón, Dionisio (2014), “Desplazados”, *Un bosque de memoria viva desde la Alta Montaña de El Carmen de Bolívar*. Equipo de narradoras y narradores locales de la Alta Montaña de El Carmen de Bolívar.

nes que durante el conflicto armado vivió el país rural, obligado por las armas de los diferentes actores en contienda. Hoy el país rural tiene los argumentos para la paz que le dan la experiencia de sufrir el flagelo de la guerra, vivir en el filo de la espada, esa línea delgada que separa la vida de la muerte.

La Alta Montaña, amplia subregión de Montes de María, enclavada en la serranía de San Jacinto y considerada en su momento el emporio alimentario de la costa Caribe, fue el escenario propicio en el que convergieron diferentes actores armados con distintas ideologías, pero con un solo objetivo: someter a sus pobladores mediante estrategias impositivas y violatorias de derechos humanos fundamentales.

Guerrillas como el Ejército Popular de Liberación (EPL), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), paramilitares como las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y la propia Armada Nacional, conformaron una terrible mezcla de horror en la búsqueda de consolidarse en el territorio. En ese proceso, confundieron al campesinado inerme, creando barreras invisibles entre sus pobladores, rompiendo por completo el tejido social.

El precedente de esta situación ha sido el abandono histórico del Estado colombiano y quizá, porque éramos autosuficientes, nos conformábamos con cualquier pañito de agua tibia en materia de garantías sociales. Sin embargo, a partir de 2012 y luego de algunos intentos, la gran comunidad de la Alta Montaña, conscientes de que cada uno por su lado naufragaba en el propósito de superar las barreras de miserias y carencias que nos había dejado la guerra, decidimos despertar de ese letargo e iniciar un proceso de reconciliación. Un proceso que nos permitiera integrarnos en un solo bloque, para derrumbar los muros invisibles que nos habían enemistado durante el conflicto armado.

Así, 14 corregimientos y sus veredas conformadas en Juntas de Acción Comunal y organizaciones de base, asumimos decididos el reto de organizarnos para hacer visibles las necesidades que nos dejó la guerra. Proyectamos la unidad como la herramienta más importante de estas comunidades, antes divididas, con el único propósito de consolidar la paz.

En 2013, la Alta Montaña se movilizó en una gran caminata pacífica para exigir del gobierno a nivel municipal, departamental y nacional, una reparación integral y colectiva. De este proceso firmamos 91 acuerdos y en uno de ellos exigimos un proceso de memoria no liderado por investigadores externos, sino por nuestras

mismas comunidades. Conjuntamente con el Centro Nacional de Memoria Histórica hemos iniciado un proceso innovador de memoria viva liderado por nosotros, que nos ha llevado a descubrir nuestras propias capacidades investigativas, creando equipos de escritores, reporteros gráficos y documentadores.

Hemos realizado la investigación con nuestras propias palabras, usando una metodología que es entendible para los diferentes sectores de la población y que valora su propio conocimiento y prácticas cotidianas. Este proceso ha destapado el talento que existe en nuestras comunidades: escritores y poetas innatos, investigadores sensibles, jóvenes talentosos.

Nuestra investigación, a través de esas vivencias, sirve para la construcción de una paz que viene desde las mismas comunidades en vez de la institucionalidad, para que esta sea una paz territorial estable y duradera. Una de las grandes capacidades instaladas que tenemos es entendernos a futuro como una región integrada y no como comunidades aisladas, esta es la esencia del proceso llamado Alta Montaña. Aunque no es el único proceso participativo que hemos hecho en conjunto con la academia, es el más profundo y muestra cómo la investigación participativa liderada por los procesos de base, contribuyen a la construcción de la paz territorial.

En el nuevo escenario del posconflicto que está viviendo el país, donde la paz se ha convertido en algo de moda, es importante resaltar que la reconciliación no debe ser asociada a temas políticos e institucionales. La reconciliación constituye actos comunitarios que derivan en la satisfacción del ser humano como ente inteligente. Por eso, hacer memoria viva, que viene de procesos participativos desde y para las comunidades como la Alta Montaña, es clave para la construcción de una paz duradera.

Lamentablemente, la mayoría de los estudios académicos —tanto de las universidades como los sectores privado y estatal— que se han hecho en el territorio imponen una agenda para sus propios beneficios, extraen información y se apropian de nuestro conocimiento sin reconocer la participación y la capacidad instalada en nuestros territorios. Por ejemplo, hemos colaborado en un montón de entrevistas para que los universitarios puedan realizar sus tesis, pero casi nunca recibimos los resultados. Mayormente, vienen por un corto tiempo, hacen las entrevistas, salen y más nunca se comunican con nosotros.

Estas prácticas no permiten resultados exactos en la investigación porque no llegan a entender las dinámicas al trasfondo territorial. Sin una participación activa de las comunidades, los estudios académicos oscurecen los saberes claves para

la construcción de paz, los saberes que vienen de la experiencia vivida. La verdadera paz territorial está construida a través de nuestras vivencias, experiencias, nuestras formas de lucha social y persistencia en el territorio con nuestras costumbres culturales, sociales, educativas, y religiosas.

También hay consecuencias si nuestros saberes se vuelven invisibles. El país urbano tiene una visión muy diferente del conflicto armado y poca información veraz sobre lo que ocurrió en las trochas y veredas de nuestra geografía, en razón de haberse enterado a través de noticieros, de periódicos y de la radio, todos estos medios de comunicación que tienen políticas de información acorde con sus propias conveniencias.

Por las razones antes mencionadas, son necesarios la solidaridad y el compromiso de la academia frente a la construcción de paz en el país. Asumiendo su rol práctico y participativo, involucrándose de lleno entre las comunidades, y que sus posturas sean de análisis crítico y teórico de las políticas a favor o en contra del Estado. Con este compromiso ético y una atención cuidadosa a las prácticas cotidianas que usan los investigadores, la academia nos puede acompañar en la construcción de la paz territorial, que tanto anhelamos.

Tales esfuerzos también demandan compromisos. Primero, la investigación requiere la integración de la teoría y la práctica. Necesitamos una investigación que integre los saberes del campo, de las vivencias y nuestras formas de construir paz en la cotidianidad con la teoría, reconociendo que hay mucha capacidad y conocimiento instalados en las mismas comunidades — que no seamos solamente objetos de la mirada de los académicos, sino los actores en la elaboración de estudios profundos en la búsqueda de la paz transformadora. La investigación participativa fortalece nuestras capacidades y procesos sociales y permite espacios donde, en conjunto, podemos cerrar la brecha entre el campo y la ciudad.

Por eso, es particularmente importante:

Primero, contar con la participación activa de los jóvenes, quienes deben involucrarse de forma que también se impulse su acceso a la educación superior para que las condiciones económicas y geográficas no impidan ni limiten sus proyectos de vida. La perspectiva juvenil nutre las investigaciones, profundizando sus vivencias particulares del conflicto armado —como lo sentían, como lo vivían— y también su participación en la construcción de paz. Son los jóvenes quienes pueden garantizar la no repetición de lo sucedido y quienes van a desarrollar un nuevo futuro y país.

Es importante que la investigación tenga una visión integral que incluya no solamente la perspectiva de los líderes visibles, sino también de otros actores de

la comunidad, con atención a las voces y experiencias de las mujeres. El punto de vista de cómo vive una mujer montemariana en su cotidianidad no se tiene en cuenta en la mayoría de los estudios — cómo lucha una madre para preparar los alimentos, dar amor y protección a su compañero y sus hijos, cómo se lucha en la casa criando aves de corral para sostener la economía o la alimentación de su núcleo familiar. Esas son las prácticas cotidianas de construcción de paz que tenemos en nuestras comunidades y que todavía siguen invisibles.

Segundo, la academia debe comprometerse con un proceso de consentimiento que incluya la validación de los informes finales con las comunidades antes de ser publicados. Además, requiere un reconocimiento de nuestra participación y aportes y de la forma en que nosotros también nutrimos los estudios con nuestros saberes. Muy a menudo, invisibilizan nuestra participación sin reconocimiento adecuado. La falta de consentimiento, validación y reconocimiento genera confusiones en nuestros procesos sociales.

Tercero, todos los materiales deben ser devueltos a los territorios y las comunidades para que sirvan de insumos para la investigación en nuestras propias comunidades, organizaciones sociales e instituciones educativas. Finalmente, la investigación debe ser entendida, usando nuestro lenguaje, nuestra forma de expresarnos — debe ir más allá de la burbuja académica, arraigarse en nuestra tierra, con nuestros procesos sociales de construcción de paz para que pueda ser una herramienta de transformación.

Hacer un análisis de una situación sin que sus actores estén involucrados es como sentir la lluvia a través de un paraguas. Sin embargo, para poder sentir que está lloviendo hay que mojarse, hay que quitarse el paraguas. La investigación con una participación activa de las comunidades en los territorios tiene la posibilidad de transformar las relaciones de inequidad que nos ha dividido a través de la historia y que ha construido barreras entre el campo y la ciudad. Esta transformación requiere que la academia se involucre y se una a nuestros procesos comunitarios de construcción de paz y reconciliación, que se quite el paraguas para sentir la lluvia y se moje lado a lado con nosotros.

En el desarrollo del taller en Cartagena, estar allí como campesinos víctimas del conflicto armado, frente a académicos, estudiantes de sociología y otros realizando maestrías en diferentes países de América Latina, Europa, y África, suponía para nosotros un reto que, sin duda alguna, nos nutriría de experiencia para ser transmisora de reconciliación y paz en la Alta Montaña. Allí descubrimos que la reconciliación es el punto al que debemos llegar, mediante un lenguaje positivo,

que nos permita dejar atrás, con discernimiento, las palabras del dolor, que solo avivan rencores, desesperanzas y desconfianza entre unos y otros.

Debemos olvidar las frustraciones del pasado para construir un presente con nuevas alternativas, nuevos pensamientos, nuevas convergencias de conocimiento, que nos conduzcan a perdonar y a ser amigos. En este orden de ideas, no podemos prescindir del espejo que refleja nuestras tristezas, nuestros dolores y desazón, porque entonces no tendríamos apoyo para comparar y separar el pasado del presente y para abordar el futuro con argumentos que nos den la certeza de no equivocarnos de nuevo.

En este momento tenemos la oportunidad histórica, a través de la reconciliación y desde nuestras bases, de cambiar las costumbres políticas arraigadas en la corrupción que aún nos mantienen atados a las cadenas que nos esclavizan, nos ponen en condición de vulnerabilidad y nos dejan sin fuerzas para superar nuestras falencias y el desequilibrio social que obnubilan el desarrollo pleno de nuestro país. Es obvio querer y creer en la paz, pero desde arriba nos han vendido la idea que la paz tiene un precio politiquero, electoral y burocrático. Es decir, el Estado permite la guerra para después vender al pueblo, que es el que finalmente pone los muertos —sean del bando que sean—. Por eso no podemos prescindir de la participación efectiva y mutua de la academia en nuestros procesos de reconciliación y paz.